

—Luego es cierto que me amas, luego es cierto que no me han engañado mis sueños, ni mi corazón.

—Adrián ¡por Dios!

—Dímelo, Refugio, dime que no soy un jactancioso, que no he sido un visionario imaginándome que habías de corresponderme

—No sé cómo decirte lo que siento.

—Refugio, Refugio mía, no me vuelvas loco, habla, habla.

—Pues bien, si te quiero mucho, consiento en ser tu novia; pero no se lo digas á nadie todavía.

Adrián no pudo contenerse y la cogió una mano que ella no pensó en retirar.

—¿Por qué? le preguntó.

—Porque se me figura que sabiéndose tendremos muchas dificultades para vernos y para hablarnos . . . se me figura que no ha de faltar quien nos haga la guerra

En esto, oyeron un ruido de pasos por encima de la barranca, ella se asustó, desasíó la mano que le tenía cogida Adrián y quiso huir; pero antes de que lo consiguiera Adrián la atrajo á sí con furia, la dió un beso y la dijo:

—Eres mi vida. . . eres mi amor! eres mi adoración!

—Déjame ir, Adrián, ¡por Dios! ¡por la virgen!

—¿Me amas tú?

—Sí, adios.

Entonces ella fué la que lo besó y salió de allí corriendo como loca.

CAPITULO XIX.

Presagios de tormenta.

Los dos jóvenes que acabamos de presentar al lector, vivían en aquel entonces en un pueblo que se llama Santa Ana, situado á unas catorce leguas al Sur de Guadalajara, cuyos habitantes estaban muy ajenos de los acontecimientos que habían de desarrollarse allí, tanto más cuanto que había muy contados que se ocuparan en la política tales como el barbero, el cura, el director, el médico y un licenciado que se llamaba Demetrio Quiñones, quienes á veces echaban su cuarto á espaldas en los asuntos públicos.

A ese pueblo, pues, se dirigieron pasada su entrevista, por diversos caminos, Adrián y Refugio, no sin que los hubiera visto antes cuando estaban juntos, encaramado en un paredón, otro joven del pueblo llamado Pedro Ordoñez, que, por una fatalidad, se interesaba también á la joven y tenía alguna ojeriza al dependiente, una de esas

antipatías inmotivadas que nacen y crecen sin saberse ni cómo.

Ahora ya era otra cosa: había visto con sus propios ojos que Refugio había dado un beso á Adrián echando á correr la muchacha muy asustada, de modo que ya no le cabía duda de que eran aquellos unos amores incipientes, pero bien correspondidos.

Después de recibir como un golpe eléctrico y de habersele agolpado la sangre á la cabeza y al corazón con la cólera, el despecho y los celos, se puso á pensar lo que haría.

Era dueño de aquel secreto que había sorprendido casualmente, cuando sólo había ido á buscar á Refugio que alguien le había dicho haberla visto salir del pueblo y encaminarse en aquella dirección, ¿cuál era la conducta que debía adoptar? ¿Disimularía para aprovechar en su favor cualquiera oportunidad que se le presentara, ó lo revelaría todo á la familia de Refugio, ó iría directamente á reclamar á Adrián su primacía de derechos, una vez que desde el baile del año pasado ya se había insinuado y había rogado á su padre que dijera algo sobre el particular al de Refugio?

Este último partido era el que más cuadraba á su carácter de suyo arrojado, pendenciero y lleno de amor propio. Creía que todo era hablarle gordo á su rival, é intimidarlo hasta hacerle pedir perdón; pero también que esto desagradaría á Refugio y á su familia, porque tal vez podría venir el escándalo. Así es que, después de haber estado largo rato en esta lucha de encontrados sentimientos, resolvió esperar á que las circunstancias le presentaran el mejor camino.

Estas no se hicieron esperar. Un día de la semana,

en la noche, sucedió que se encontraron los dos rivales en la casa del Lic. Quiñones, en donde tenía á la vez amistad la familia de Refugio que había ido de visita, á la cual habían husmeado los dos jóvenes.

El plato del día entre los concurrentes era el relativo á los sucesos que se estaban desarrollando en el interior.

Acababa de llegar don Patricio, el hermano del abogado, quien tenía algunas tierras de labor allí cerca, el cual había estado en Guadalajara con objeto de hacer algunas compras, y había sido testigo del alboroto que estaba produciendo en todas las clases la noticia de la derrota de la coalición en Salamanca.

—¿Cómo estuvo eso, hermano? había preguntado Quiñones que era un tanto cuanto liberal y se interesaba algo en favor de los constitucionalistas.

—No hay muchos detalles, ó por lo menos yo no supe adquirirlos. Se dice que si bien el ejército de Parrodi era muy superior al de Osollos y se encontraba ocupando posiciones ventajosas, Doblado no quiso entrar al combate con sus fuerzas y Morett mandó retirar las suyas de caballería que mandaba cuando había desconcertado á las columnas del enemigo con una carga furiosa que dió Calderón, el cual quedó en el campo.

—¿Murió Calderón?

—Fué la principal víctima, ó mejor dicho, la única de consideración, pues en realidad dicen que fué el único jefe que se batió.

—Era valiente y pundonoroso militar.

—Con otros dos jefes más de su temple, al lado de Parrodi, hubiera triunfado éste seguramente.

—¿Y qué se dice en Guadalajara?

—En Guadalajara están los Supremos Poderes.

—Sí, ya lo sabemos, ¿y qué piensan hacer?

—Parece que piensan defender la plaza, porque ya se están levantando fortines y hay una leva espantosa.

—Creo que será una locura.

—Hay en Guadalajara cosa de unos mil hombres, según dicen, y además aseguran que Parrodi viene con todos sus cañones.

—A mi juicio, dijo don Simón, ha sido una locura todo lo que se ha hecho y se sigue haciendo, desde que hay ya un gobierno establecido en México que apoya la religión que nos legaron nuestros padres.

Aquí encontró coyuntura Pedro Ordoñez de congraciarse con el padre de Refugio, y se apresuró á apoyarlo diciendo:

—Me adhiero á lo que opina don Simón: los liberales son unos zánganos que no debían estar alterando la paz de la República.

—Yo tengo por costumbre respetar las opiniones de los demás, dijo el abogado, pero también tengo la franqueza de exponer las mías, y son éstas: desde el momento en que el país reconoció al gobierno emanado de la revolución de Ayutla y el pueblo eligió diputados, y el congreso que esos diputados formaron dió una Constitución, esa Constitución es la suprema ley de la República, y los que se levantaron en México contra ella son unos rebeldes y unos sediciosos, siendo por lo mismo una usurpación el gobierno que ellos han constituido. Si la Constitución es mala, podía reformarse por los medios que ella misma señala y no por la fuerza de las armas. En consecuencia, yo creo que don Benito Juárez como vice-presidente de la Re-

pública, conforme el régimen constitucional, representa la legalidad.

—Yo no me meto en legalidades, contestó don Simón: lo único que digo es que me inclino al lado de Zuolaiga porque es el que defiende nuestra religión.

Adrián hacía muy poco caso de la conversación sobre política, y todo se volvía ojos para estar contemplando á Refugio, así es que se sintió como si despertara de un profundo sueño cuando le interpeló Quiñones que quería buscar algún aliado, diciéndole:

—Y usted, qué opina, amigo don Adrián?

—Yo también simpatizo con los liberales, contestó Canales con alguna timidez, y aunque no me meto ni nunca me he metido en esas cosas, si yo pudiera ayudarles en algo, les ayudaría.

Refugio le aplaudió con los ojos; pero todas las demás señoras le dirigieron miradas furiosas y Pedro aprovechó la ocasión para lanzarle una pulla, diciendo:

—Con este chinaquito ya se salvó la Constitución.

Todos se rieron menos Refugio que se puso muy colorada, ni el abogado que salió á su defensa, diciendo:

—Nadie puede decir en el pueblo que Adrián Canales no sea un muchacho muy hombre de bien, buen hijo, juicioso y trabajador, de manera que no se puede afirmar que sea enemigo de la religión como no lo es ningún liberal, y en consecuencia sus opiniones tan desinteresadas, son dignas de respeto.

Adrián le dió las gracias, y contestó á Pedro procurando contenerse, porque estaba en su interior ardiendo en cólera:

—Ignoro los motivos que tenga Ordoñez para preten-

der ponerme en ridículo llamándome *chinaquito*, cuando no soy más que un humilde dependiente en una tienda, y más aún, cuando yo siempre lo he distinguido con mi estimación; pero eso no me hará prescindir de mis ideas. Yo he leído los periódicos, he leído la Constitución, me gusta informarme de todo lo que se publica y de un modo muy natural se me han ido formando mis opiniones liberales, aunque no me mezcle en la política, y prefiero, como cualquiera hombre de razón, la democracia á la tiranía, las instituciones libres al centralismo, las libertades públicas á la opresión.

—¿De modo que el señor don Simón no es hombre de razón? preguntó Pedro con la intención aviesa que debe suponerse.

—El señor don Simón no se mezcla en la política, según afirma, y lo único que hace es defender el dogma religioso que quizás yo también defendería si alguno le atacara en sus bases.

Don Simón inclinó la cabeza aprobando, y Pedro se mordió los labios con ira, dejando á otros la palabra para volverla á tomar cuando se presentara la ocasión de poder herir á su rival.

El abogado volvió á preguntar á su hermano:

—¿No tienes nada más que contarnos de Guadalaraja?

—Sí, se decía, pero como un vago rumor, que las fuerzas que manda un coronel Landa estaban queriendo pronunciarse, y que sólo se contenían por respeto á los Supremos Poderes, que no las tenían todas consigo, y que habían mandado armar la guardia nacional.

—¿Y quiénes mandan la guardia nacional?

—Antonio Molina y Miguel Cruz Aedo: un médico y un literato que nunca han sido militares.

—Según parece, pues, la lucha no ha terminado, dijo don Simón.

—Ahora es cuando empieza, contestó el abogado.

Brillaron de entusiasmo los ojos de Adrián que no pudo contenerse, y dijo por lo bajo:

—Dios proteja á los que tienen la justicia, á los que defienden la justa causa.

—Es decir, al gobierno del general Zuloaga, afirmó Pedro.

—Ya dije que en mi sentir la causa justa es la de la Constitución, respondió Adrián inmediatamente.

—Lo dicho, Canales se nos va á volver un chinaco, se apresuró á decir Pedro para ponerlo en mal con la mayoría de la reunión que visiblemente estaba inclinada al partido de religión y fueros.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, se limitó á contestar Adrián, tomando en ese momento su sombrero para despedirse.

Estaba ya nervioso y temía que Pedro lo precipitara á cometer una imprudencia. Veía claro por otra parte que la causa de la hostilidad de aquel era Refugio, á la cual se inclinaba seguramente y quizás porque había notado que eran para Adrián sus signos de aprobación y para él también sus miradas, se manifestaba disgustado.

Una vez que el joven dependiente hubo salido de la sala, Pedro no dejó de zaherirlo diciendo que era un irreligioso, un descreído, un patarato que leía novelas y que la echaba de enemigo de los sacerdotes, y quién sabe cuántas otras tonterías, cuando en realidad era la primera vez que

Adrián había manifestado sus simpatías por la causa de los defensores de la Constitución.

Tanto el abogado como Refugio defendieron á Adrián con calor; entonces Pedro vió que no había más remedio que hablar claro, y cuando la familia de ésta se retiró él también se fué acompañándola, y como se quedó atrás de las señoras al lado de don Simón, contó á éste sin más ni más la escena del arroyo.

—Eso es muy grave, eso es muy grave, exclamó don Simón que la daba de muy recogido, de muy escrupuloso y hasta de un poco beato; porque verdaderamente, con quien menos dejaría yo que tuviera relaciones mi hija sería con un liberal.

—Yo creo, dijo entonces Pedro, que habría modo de evitarlo todo ahora que esos amoríos son recientes, si ustedes aprobasen que Refugio se casara conmigo.

—También eso es necesario pensarse, porque si bien tu familia tiene algunas comodidades, tú no te encuentras aún establecido.

—Yo trabajo también en el rancho de mi padre y tengo derecho á algunas utilidades. El mismo se ha interesado con usted sobre este asunto, según me ha informado, lo cual quiere decir que aprueba, y aprobando es porque se propone no dejarme en la calle.

—No te digo que sí ni te digo que no. Por ahora lo que me preocupa es eso que me cuentas de la entrevista de Refugio con el muchacho en el arroyo. Tú mismo has de sentirte preocupado, porque una joven honrada que se toma tales libertades . . . ¡tú dirás!

—Estoy seguro de que es la primera ocasión que se han encontrado . . . Además, yo me arreglaré con Adrián una vez que tenga algunos derechos.

—Yo no quiero escandalitos, ¿sabes?

—Ni yo tampoco; si así fuera, ya lo habría dado hoy mismo en la casa de Quiñones.

—Está bien, está bien, ya veremos.

Don Simón se despidió muy serio. Los relámpagos de esta noche no dejaban de presagiar que una recia tempestad estaba para estallar entre todos estos personajes.



Biblioteca Museo del Poder Judicial
José María Pizarro